

Entre el arte y el quehacer: Una nueva ruralidad se construye en Honduras

Mayra Falck

Hace más o menos siete años la vida permitió que mi Esposo Antenor y yo pudiéramos conocer de primera mano la construcción de la nueva ruralidad en Honduras. Para mi este aspecto era común por mis viajes con mi padre cuando fui niña y joven, por mi énfasis en el trabajo, los estudios de investigación realizados, los aportes en la ejecución y monitoreo de proyectos, en fin me sentía una conocedora del tema rural. Pero esa era una de las pocas veces en mi vida que me adentraba al mundo rural sin agenda de trabajo, sin un fin profesional, por ello era una aventura que se constituía en un acontecimiento que combinaba la curiosidad de compartir momentos especiales, la necesidad de no viajar por los tradicionales espacios turísticos, y finalmente, la realización de una convivencia de pareja que entremezclaba sentimientos de alegría, amor, felicidad, curiosidad y de manera especial me permitía ver con otra óptica, la realidad que por casi treinta años había estudiado.

Dos momentos de esa experiencia fueron significativos para nosotros, y compartirlos significa llevar a los lectores una mezcla de historia y realidad. Por una circunstancia especial y la curiosidad que produce en nosotros encontrar una cerámica muy bien acabada en un restaurante de Copán Ruinas. Se nos recomendó visitar Planes de la Brea, una pequeña aldea del municipio de Santa Rica que cuyo acceso desde la carretera principal a Copan Ruinas lleva por un pequeño desvío, en aquel momento sin ninguna señal ni rotulo. Se nos brindó la dirección tal y como es costumbre en Honduras, señalándonos los lugares que no eran pero que nos indicaban que estábamos en el camino correcto. Inicio el recorrido con un subir y subir por un camino de verano angosto, rodeado de una naturaleza espectacular, y a medida nos adentrábamos en la ruralidad se nos presentaba con sus características naturales de vegetación, casas de adobe repelladas y blanqueadas con pequeñas ventanas, algunas techadas con lámina y otras con teja, personas que nos saludaban, y de pregunta en pregunta llegamos al destino que nos habíamos trazado.

En los Planes de la Brea un grupo de mujeres organizadas producían esa maravillosa cerámica cuyo color no es tan cercano al rojo de la artesanía de La Campa, pero tampoco tan clara como la arcilla que se produce en Sabanagrande. Es lo que yo podría llamar una arcilla amarillo antiguo que refleja una gran sincronía con los colores del lugar. La perfección de la cerámica elaborada era maravillosa, la hospitalidad de ese grupo de mujeres nos mostró lo profunda que es la entrega de las personas rurales cuando uno le brinda importancia a su trabajo, vivimos un momento especial donde nos demostraron las formas de llevar el barro a un diseño especial, y al salir del lugar con algunas compras especiales



Planes de la Brea (Fotografías Antenor Romero, 2006)



que hoy comparten nuestro hogar, nos encontramos con una joven que lijaba con paciencia unas piezas. Recordé en ese momento mi maravillosa juventud entre libros y estudios, y sobresaltó mi pensamiento para valorar las grandes diferencias entre aquellas que tenemos acceso a servicios de educación dentro de lo que yo llamo “la T del Desarrollo”, y la realidad que viven muchas jóvenes fuera de ella, este era un ejemplo clásico de trabajo en la juventud y acceso con muchos esfuerzos a la educación. Hospitalidad, paciencia, quietud, alegría son los adjetivos que mejor describen aquella maravillosa experiencia.

Un día después cuando veníamos desde otra dirección nos encontramos con el maravilloso vivero de Doña Mercedes, una mujer especial que además de tener un lindo espacio de venta de plantas elabora un modelo especial de canastas de alambre para colgar helechos, nuevamente nos topamos con una forma de agregar valor a los productos y conversamos largamente con ella sobre las plantas, sus ventas, sus sueños y vimos en su ambiente muchos signos de realización, esa que se siente cuando una tiene la vida llena de responsabilidades y disfruta lo que hace.



Desde esa época hasta hoy, nuestra vida cotidiana también ha tenido un fuerte componente rural, compartiendo con nuestra querida amiga y microempresaria Doña Marta Fortín, en la aldea de Lizapa en el municipio de Güinope comidas denominados por muchos “tradicionales”, pero que para nosotros (Antenor y yo) son bocados de felicidad y se acercarían sin temor a equivocarme al término “Gourmet de tradición”. Sus tamales, platos típicos, y sopas hacen que uno vuelva nuevamente a sentir la felicidad de encontrar en lo nuestro, un sabor especial. Doña Martha es una mujer atenta, siempre positiva, con una vocación de servicio, una enorme capacidad de dar la perfecta sazón a las comidas, que busca sacar provecho procesando todo lo que llega a sus manos. En fin, es una microempresaria de los alimentos rurales talentosa y amable.

Mi visión sobre la ruralidad, estudiada a profundidad por muchos años ha cambiado al compartir estas tres experiencias, tal vez porque con ellas logré entender que lo que las estadísticas demuestran con datos, no reflejan el sentir y vivir de estos espacios. Muchos eventos analizan la contribución y realidad de la mujer rural y publicamos nuestra lectura de ella, el pasado 15 de octubre se celebró “El Día de la Mujer Rural” fecha que se busca evidenciar sus aportes al desarrollo y la sociedad. Pero después de adentrarme en estas tres experiencias, creo que los enfoques “técnicos-académicos” deben avanzar para reconocer que el mundo rural tiene protagonistas que tienen sueños, buscan oportunidades y brindan muchos aportes a la economía. Por eso siempre enfatizo que son “actoras y autoras del desarrollo” y sus aportes tienen tangibles e intangibles que se deben considerar.

Pero la vida nos lleva por caminos que no imaginamos, y hace unas semanas en uno de esos encuentros maravilloso con mi Padre; al que con respeto, admiración y agradecimiento muchos lo llaman “Don Emil, recibí de sus manos una fotocopia que en su parte superior en letras de máquina, de aquellas de antes, se encontraba el título “Bellezas de mi Tierra”, con gran alegría me explicó que este era el poema que mi abuela María Carlota C. de Falck, había escrito sobre Santa Lucía (no tiene fecha en su texto), no ha sido publicado, pero describe en gran medida, desde la tinta de una mujer escritora y periodista, el mundo rural que Antenor y yo encontramos en las tres experiencias que he intentado describir. Es interesante descubrir en este poema la conexión entre ella y su arte, y esta su nieta que la quiere y admira con una profundidad de sentimiento que solamente logran aquellos seres que comparten sentir y querer. La construcción del poema permite comprender las mezclas entre la realidad, las características rurales, las expresiones de los habitantes, y finalmente un lindo llamado a compartir. El poema se titula SANTA LUCIA y se lee así:

Fondo de ópalo fino y esmeralda
fragancia de jazmines y claveles
tierra de promisión de agua y de mieles
entre los bosques de zafiro y gualda.

Pinares en la cumbre y en la falda
de la colina placida cimera
eterna exaltación de primavera
y un lunar de lagunas en la espalda.

Oro de naranjales que sonrían
junto a las fuentes y las amapolas
madejar de agua clara y deslíen
espumosas mantillas de manola
que en la leyenda de los siglos ríen...
ríen, en panderetas españolas.

II

Avanzando en el cerro, hasta la cumbre
entre el rumor unido al grato aroma
donde arrulla el nido la paloma
y sobre el agro, el sol vierte su lumbre.

De la altura, hacia abajo, hay un deslumbre
de alfombras de vegetales en la loma
donde la iglesia provincial asoma
y donde la oración se hace costumbre.

La noche que desciende en lontananza
buscando el infinito en los senderos
y en la mágica luz de los luceros
baja del cielo en vientos de esperanza

llenando el alma, toda, de alegría
con los encantos de Santa Lucía.

III

Bajando la pendiente por la calle, llena
de gente alegre, que hablan con cariño
se oyen las voces, y el reír del niño
entre el rítmico audaz de la faena.

No hay aquí, ni nostalgia ni honda pena
en el alma blanquísima de armiño
yo, el fuerte brazo de la vida ciño
porque la vida es luminosa y buena.

Se siente un ansia loca de alegría
queriendo así con todos compartir
un inmenso deseo de vivir
que se desborda en nítida poesía
en una voz de amor, para decir:
¡Quédate paseante, aquí en Santa Lucía!..

Vivencias, arte, poesía y conceptos pueden de mejor manera explicar esta nueva ruralidad, que teje sueños, sentires y querer, donde las mujeres son verdaderas actoras y autoras del desarrollo.